

SOCIOLOGÍA DEL SECRETO

Un ramito de violetas

Francisco Javier Gallego Dueñas



Francisco Javier Gallego Dueñas (Rota, Cádiz, 1968). Licenciado en Historia Medieval (UGR) y Sociología (UNED). Doctor en Sociología con una tesis sobre sociología del secreto. Actualmente es profesor de secundaria en su tierra natal. Editor y fundador de la revista "Voladas". Ha publicado en diversas revistas académicas y literarias y está incluido en distintas antologías. Mantiene un blog de opinión y crítica literaria (<https://profundamensuperficial.blogspot.com>). Autor del poemario "Las gramáticas del tiempo" (Takar Editorial, 2017) y próximamente "Somos grieta" (BajAmar).

A muchos les sonará la fecha del nueve de noviembre gracias a Evangelina Sobredo Galanes, verdadero nombre de la cantautora de los años 70 del pasado siglo, Cecilia. A pesar de su corta carrera, todavía recordamos un buen número de canciones suyas. *Un ramito de violetas* es de las más conocidas y de las más versionadas. La canción

fue lanzada por CBS, la casa discográfica de Cecilia, como adelanto del álbum homónimo en 1974. Además de las cualidades meramente musicales, gran parte de su popularidad se basa en el argumento de la letra. Como muchas otras canciones, es un ejemplo de condensación narrativa que fascina al oyente, tanto, que se le perdona el laísmo repetido del que nadie advirtió a la cantautora. La historia,

al parecer, está basada en un cuento que la propia Cecilia escribió de adolescente.

Hija de un militar, pasó parte de su infancia en el Reino Unido, los Estados Unidos, Portugal, Argel y Jordania, por lo que el inglés fue tan lengua materna como el castellano. Después de sus estudios de Derecho, se dedicó por completo a la música. El folclorista Joaquín Díaz fue quien ayudó en sus comienzos a Eva que todavía cantaba en inglés y destacaban las influencias de la música anglosajona, Dylan, Janis Joplin o los Beatles tanto como las de Serrat. Toma su nombre artístico de una canción de Simon y Garfunkel y así tituló su primer disco, de 1972. En el panorama musical de este país, Cecilia suponía cierta novedad entre el pop y los cantautores, con los que comparte alguna de sus inquietudes. Su imagen con faldas largas y de inspiración hippie la identificaba claramente. Responde más bien al concepto anglosajón de *singer/songwriter* que refiere al cantante que escribe sus propias canciones más que al artista comprometido con la denuncia social. Al año siguiente publicó *Cecilia 2*. Su tercer *long play*, llamado precisamente, *Un ramito de violetas*, finalmente lanzado en 1975, fue el de mayor éxito. De la portada, tanto de la versión *single* como del elepé, se encargó la propia Cecilia. En la imagen se aprecian otros cuadros suyos y, por supuesto, el ramito de violetas. De vez en cuando la compañía suele reeditar los discos o publicar recopilaciones. El ramito ha formado parte del repertorio de muchísimos cantantes: Pastora Soler, Julio Iglesias, Lolita Flores, Soledad Giménez o David Broza, que la traduce al hebreo. Quizás sea la de Manzanita en los ochenta la más conocida.

Cecilia desapareció prematuramente víctima de un accidente automovilístico en 1976. Por lo que sabemos, sufría de un mala percepción de sí misma y padecía de cierto grado de depresión que se tradujo en alguna de sus letras, especialmente clara en *Si no fuera porque...*: “Si no fuera porque mi padre / siempre llora en los entierros / me mataría mañana / sin pensar en ello”. En *Me quedaré soltera* dice: “Soy como un verso suelto sin rima, sin par. / Soy

un alma en pena contando lunas, / apenas me quedan ni para contar”. Parte de esa tristeza también se refleja en la letra de esta canción. La historia es bien conocida. Dos personajes, marido y mujer. Lo primero que sabemos es que ella era feliz en el matrimonio pese a que su marido “era el mismo demonio”, alguien con “mal genio”, que “nunca fue tierno”. Quizás llame la atención que la maldad de la pareja se reduzca a la falta de ternura y a eventuales brotes de agresividad. Simplemente con este comienzo, con la grave contradicción entre la felicidad y la maldad, ya se abre un universo particular y complejo. El carácter de la esposa lo deducimos de la propia historia. Desde hace unos tres años recibe cartas, “de un extraño”. Cartas que le han “devuelto la alegría”. En ellas suponemos que se demuestran el amor y la ternura que no existen en la relación conyugal. El detalle que dota a la historia de mayor verosimilitud es la celebración con un ramito de violetas del “nueve de noviembre”. La canción no menciona por qué esa fecha determinada y, de hecho, en una primera versión el día elegido era el siete de septiembre. No nos hace falta para entender la ilusión de la protagonista. La autora se adentra en las fantasías de esta esposa abnegada para un amor ideal. Imagina a alguien mayor, “de pelo cano”. Ella ignora quién puede ser y con ingenuidad se lo imagina sufriendo en silencio por un amor imposible. La historia da un giro inesperado cuando nos enteramos que el marido “no dice nada porque lo sabe todo”, porque es él “su amante, su amor secreto”. Al describir al enamorado, más que hablar de ese personaje, lo que estamos es conociendo la personalidad íntima de ella. No hay que olvidar que está callando una correspondencia adúltera durante más de tres años. Podríamos pensar que su esposo ha urdido una retorcida manera de hacer feliz (“así, de cualquier modo”) a su esposa, y que nos encontramos ante un tipo de maltrato psicológico, de manipulación emocional. Sin embargo, la impresión que tenemos a través de las declaraciones de la propia Cecilia es que es una historia tierna, de un hombre que no sabe abrirse y expresar sus propios sen-

timientos. Del esposo, además de tener mal genio y no expresar cariño, sabemos poco, lo suponemos un hombre gris, que va del trabajo a su casa, sin otras aficiones ni vida espiritual. El estribillo sirve de nexo de unión y cobra un nuevo significado, cerrando magistralmente la historia, dejándonos con perplejidad y un poco de tristeza.

Sociología del secreto

Hitchcock advertía que existía la convención de que los *flashbacks* nunca mentían. Cuando la escena recupera el pasado, no puede decir sino lo que realmente sucedió. Tendemos a pensar que solo se guardan los secretos sobre aquellos aspectos de la vida real que no queremos que sean conocidos. En eso se suele incidir para distinguirlo de la mentira. La mentira es lo que parece, pero no es, mientras que el secreto es lo que es, pero no lo parece. Un poco como los *flashbacks* de las películas. Sin embargo, *Un ramito de violetas* nos narra una historia de secretos falsos.

Definir un secreto requiere aventurarse en el terreno de lo fascinante, hay que pisar con cuidado y contravenir lo que parece obvio. Se podría pensar que es aquello que no se dice, pero no hay nada más representativo que una imagen de alguien susurrando al oído. La palabra proviene del verbo *scerno*, que significa “separar”, como en “discernir” o “excretar”. Un secreto es una información que se separa del resto, un individuo o grupo que se separa del resto. Esta es la razón por la que Georg Simmel iniciara la llamada *sociología del secreto* con un artículo que incluía también las sociedades secretas. Berlinés de origen judío, desarrolló su obra a caballo entre el siglo XIX y el XX. Quizás no es tan conocido como Weber o Tönnies, con quienes fundó la Sociedad Alemana de Sociología. Ni siquiera llegó a tener un puesto fijo en la Universidad. No gozó en su momento del prestigio que ahora tienen sus estudios, especialmente los que dedicó al dinero y al secreto. Le interesó una sociología a nivel micro, la interacción en pequeños grupos, la sociabilidad. Practicó una mirada impresionista con textos de gran calidad literaria sobre las ruinas, el puente y la puerta

(los mismos de los billetes del euro), la moda, la metrópolis y la vida mental...

Para Simmel, el funcionamiento del secreto no depende de su contenido, es una *forma*, y regula las relaciones humanas dependiendo del círculo en el que nos encontremos, los que están excluidos (podríamos llamarlos extraños / *outsiders*) y los que lo comparten (intraños / *insiders*). No es lo mismo dentro de una pareja, que entre amigos íntimos, que en una sociedad secreta, independientemente de cuál sea la información concreta que se oculte o comparta. En la pareja recomienda que no se descubra todo de manera inmediata porque el amante se quedaría sin nada que ofrecer al amado. Entiende el secreto como un capital, un patrimonio que hay que dosificar.

No estamos preparados, ni siquiera es humanamente posible contarle todo. No habría tiempo ni le interesaría a nadie. Voltaire advirtió que el secreto para aburrir a la gente es contarle todo. Las sociedades seleccionan de alguna manera aquello sobre lo que ser discretos dependiendo de las relaciones sociales afectadas. No debemos olvidar que la verdadera naturaleza del secreto no es la ocultación, sino su transmisión controlada. No es el contenido sino la discriminación de aquellos que tienen derecho a saber o capacidad para interpretar. Nos guardamos y contamos secretos a nosotros mismos: como cuando quisimos seguir ocultando un tiempo más que los Reyes Magos eran nuestros padres y cuando nos apuntamos las contraseñas para recordarlas más tarde. Un secreto se puede guardar, compartir o divulgar, se puede investigar. Incluye el camuflaje, el silencio, el disimulo, la criptografía. No hay nada que sea intrínsecamente secreto ni nada que no pueda serlo. Lo contrario suele ser lo cotidiano, lo que no se separa de lo habitual. Con todo, pasear por una plaza en tiempos de cuarentena, actividad de lo más banal, más acostumbrada, puede convertirse en algo clandestino. Una cuestión clave es la voluntad de ocultación: para que se pueda acusar de revelación de secretos, el demandante tiene que demostrar que se había tomado alguna medida para evitar la



Ilustradora: Mercedes Gallego Márquez

divulgación de la información clasificada. A veces es simplemente un guiño pícaro. El secreto abarca cualquiera de los elementos implicados en la comunicación: si es el emisor hablaríamos de anonimato; si el mensaje, la mentira. El silencio, evitar la comunicación, es negar el receptor de un secreto. La clandestinidad atañe al contexto y la criptografía, al código. Ocultar el referente vendría a ser lo que convencionalmente pensamos que es un secreto. Estas consideraciones inciden en la naturaleza comunicativa del fenómeno. La ocultación forma parte de las estrategias del poder, político, económico (patentes,) incluso en la intimidad. En el imaginario del secreto

solo se oculta lo que tiene algo de valor que se perdería al divulgarse. Paralelamente, también aumenta de valor quiénes son los conocedores. El secreto crea una *plusvalía simbólica*. El orgullo de haber sido seleccionado como confidente tiene también un reverso incómodo, la obligación implícita de corresponder con una revelación propia.

Una de las grandes aportaciones de Simmel fue destacar la cualidad que tiene compartir un secreto para crear una atmósfera cómplice que puede catalizar la intimidad. Lo que contemplamos entre los personajes de *Un ramito de violetas* es claramente otra realidad. La protagonista cree ocultar un amante anónimo

que le va regalando flores y poemas. Si pensamos que es el propio marido el que expresa sentimientos reales, solo estaría ocultando su identidad, una estrategia para transmitir una ilusión. Al no ser un secreto compartido, no se crea intimidad entre los esposos, al contrario, el anonimato ha formado una barrera infranqueable. La esposa mantendría una aventura virtual que permite que perdure un matrimonio que es una farsa. No se habla para nada de los sentimientos que ella profesa a su marido. Solo sabemos que la felicidad le viene por la ilusión del lance. No se trata, al menos que sepamos, de una infidelidad. La intimidad a la que hacíamos referencia es la que tienen ella y su amante, que han compartido un ramito de violetas como símbolo, sin que sea necesario aclarar ni explicitar nada más, sin tarjeta siquiera. Esa es la intimidad –falsa en este enrevesado caso– que comparten los amantes. Podemos distinguir varios personajes en el establecimiento de un secreto. Está el propietario, al que podemos llamar, en un alarde de imaginación, A. Lo comparte con otro, B, frente a un tercero C. Es necesario que existan otros muchos que sean indiferentes, llamados D. Su triunfo se mide por la actitud de C, que debe mostrarse indiferente. La protagonista, en cuanto dueña de su secreto, parece disimular mientras que su marido tiene éxito en la ocultación: a ojos de su esposa, está completamente ajeno. Es un falso C: “Y ella, que no sabe nada, / mira a su marido y luego calla”. El marido se hace pasar por un amante clandestino. Si fueran ciertos los sentimientos mostrados, lo que cabría preguntarse es por qué no decidió mandar los mensajes y las flores en su propio nombre. Probablemente comprendió que un amor secreto es mucho más excitante, daría una plusvalía simbólica. Sacrificó la intimidad que pudieran tener como matrimonio y estableció un muro que difícilmente llevará a un final feliz.

Asumimos que el recurso al secreto tiene que ver con el aspecto defensivo, es decir, ocultamos aquello que nos hace vulnerables. Pretendemos ofrecer una imagen modélica nosotros mismos en la interacción con los otros.

Para ello debemos establecer cuál es ese ideal y no dejar ver actuaciones, sentimientos o inclinaciones que lo cuestionen. La historia del ramito de violetas nos abre un poco la perspectiva. Si bien es cierto que el ocultamiento de la protagonista remite a esa práctica defensiva, el verdadero secreto, el del marido, no juega la baza de la defensa. Tiene más que ver con la valoración, con la plusvalía simbólica. Queda clarísima en la imagen que ella se hace de su amante: “Sería un hombre más bien, de pelo cano / sonrisa abierta y ternura en las manos”, lo contrario, evidentemente, de la apreciación que tiene de su esposo. No sabemos, sin embargo, si los sentimientos son sinceros y solo se oculta el remitente o si realmente ni siquiera los sentimientos son reales y todo es una farsa. *Un ramito de violetas* nos pone en situación de un secreto sobre un secreto. Deja de manifiesto que no es la información en sí lo que fabrica el secreto, porque los sentimientos bien podrían ser reales, ese cariño y poesía pudieran describir el amor sincero que el marido profesa. Lo que realmente otorga la condición es la manera en la que se maneja. Ambos protagonistas callan, una, su amante secreto, el otro, el amor que siente en secreto.

En el Siglo de Oro, y Gracián es su mejor ejemplo, se consideraba que los secretos no se debían decir ni oír. La máscara era la manera adecuada para el funcionamiento social, la discreción era la clave para que la sociedad pudiera cimentarse. En la sociedad actual se mantiene una actitud ambivalente. Por un lado se valora la necesidad de privacidad de la que cada individuo debe gozar, pero se insiste muchísimo más en la función terapéutica de desvelarlos. La liberación de los secretos parece ser el destino, un proceso de sanación psicológica, que aligera la vida y permite una existencia más plena y feliz. En esto coincide con la valoración de la transparencia y la denuncia de la hipocresía que establecen, casi como obligación, el ser sinceros y caiga el mundo. Quizás sea por eso por lo que nos produce cierta desazón la historia que Cecilia nos condensa en poco más de cuatro minutos.

Letra de la canción "UN RAMITO DE VIOLETAS" – Cecilia -

*Era feliz en su matrimonio
aunque su marido era el mismo demonio
tenía el hombre un poco de mal genio
y ella se quejaba de que nunca fue tierno*

*Desde hace ya más de tres años
recibe cartas de un extraño
cartas llenas de poesía
que la han devuelto la alegría*

*Quién la escribía versos dime quién era
quién la mandaba flores por primavera
quién cada nueve de noviembre
como siempre sin tarjeta
la mandaba un ramito de violetas*

*A veces sueña y se imagina
cómo será aquel que tanto la estima
sería un hombre más bien de pelo cano
sonrisa abierta y ternura en las manos*

*No sabe quién sufre en silencio
quién puede ser su amor secreto
y vive así de día en día
con la ilusión de ser querida*

*Quién la escribía versos dime quién era
quién la mandaba flores por primavera
quién cada nueve de noviembre
como siempre sin tarjeta
la mandaba un ramito de violetas*

*Y cada tarde al volver su esposo
cansado del trabajo la mira de reojo
no dice nada porque lo sabe todo
sabe que es feliz, así de cualquier modo
porque él es quien la escribe versos
él, su amante, su amor secreto
y ella que no sabe nada
mira a su marido y luego calla*

*Quién la escribía versos dime quién era
quién la mandaba flores por primavera
quién cada nueve de noviembre
como siempre sin tarjeta
la mandaba un ramito de violetas*

